

10-1-2010

Review of Espejo de Sombras: Sujeto y Multitud en
la España del Siglo XVIII. Por Alberto Medina
Domínguez

Scott Dale

Marquette University, scott.dale@marquette.edu

Medina Domínguez, Alberto. *Espejo de sombras. Sujeto y multitud en la España del siglo XVIII*. Madrid: Marcial Pons, 2009. 245 pp.

La España moderna despegó a principios del siglo XVIII y a resultas de este cambio se forjó una nueva sensibilidad cultural y política que Alberto Medina califica como “proyecto renovado de ciudadanía y comunidad nacional” (34). El autor contextualiza la problemática del momento histórico en cinco impulsos importantes: lo político, lo artístico, lo ensayístico, lo dramático y lo social. Esta lista de fenómenos socio-culturales compondrán el título y la temática de los seis capítulos de este singular libro. Medina ya nos apunta este amplio escenario en su engranada Introducción de veinte páginas donde destaca el ansia de España por estar incluida en el gran proyecto cultural de la Europa ilustrada y describe la estratagema que el incipiente rey de la nueva saga borbónica propone, lo que Medina titula “la paradoja fundamental del proyecto cultural borbónico” (39). Explica el autor: “Por un lado, tiene que crear una imagen distintiva con la que los españoles puedan identificarse y participar así en el nuevo proyecto político, pero al mismo tiempo ha de borrar esa diferencia utilizada sistemáticamente en Europa como excusa para su marginalización” (39). Por ejemplo, fluyendo en el magma renovador e ilustrado, se construye el monumental Palacio Real, que Medina define como una “analogía de la nueva estructura política” (40), donde se llevan a cabo programas de reformas internas y se contratan reconocidos artistas extranjeros que ayudan a reafirmar la modernizadora sensibilidad estética de la nueva España del setecientos.

Otro de los impulsos fundamentales de la era ilustrada fue el género ensayístico. En el segundo capítulo Medina subraya las dificultades importantes que este género encontró para abrirse camino en la España dieciochesca. Además, indica Medina que “el ensayo constituirá imprescindible instrumento de mediación entre el afán disciplinario del Estado absolutista y sus súbditos, vehículo privilegiado de construcción de opinión pública” (62–63). En un tono preciso se discute la frigididad de las viejas universidades y círculos del saber y su difícil convivencia con la revolucionaria idea de distribuir el saber al lector público, o a lo que se denomina la opinión pública. Más adelante Medina estudia el importante papel literario y cultural de Feijoo, Torres Villarroel y Martín Martínez—todos ensayistas destacados de aquel momento ilustrado—pero no menciona la significativa influencia de la innovadora obra ensayística y “pre-ilustrada”, *El hombre práctico* (1680), de Francisco Gutiérrez de los Ríos.

Cuando llega el momento de abordar el género teatral Medina logra que su narración crítica sea más ligera, con frases más transparentes que hacen el texto fácilmente asimilable. El capítulo tres es original y, bajo mi punto de vista, uno de los más esperanzadores del libro. Sin embargo, esta originalidad no se expresa en las primeras cuatro páginas del tercer capítulo. Por ejemplo, encontramos afirmaciones anodinas como las siguientes: “Para el drama ilustrado, el único espectador válido es aquel abierto al cambio, aquel que no permanece igual al salir de la representación, sino que ha dado un paso más hacia la virtud moral y social” (84–85). Luego Medina apunta que “la presentación teatral marca la vía de un proyecto de mejora social y carece de sentido tan solo como producto estético destinado al placer o la distracción momentánea” (86). Sí hay un jugoso reconocimiento a Moratín, Luzán, Montiano y Luyando, García de la Huerta y Ramón de la Cruz, pero las conclusiones críticas no son siempre las más interesantes encontradas en *Espejo de sombras*. Sin embargo, Medina sí consigue elaborar una inteligente conjunción en la originalidad de las obras más representativas de estos dramaturgos ilustrados.

En el Siglo de las Luces la situación sociopolítica jugaba un papel importante en cuanto a las nuevas influencias extranjerizantes. Precisamente por ello Medina dedica el capítulo IV a elaborar un estudio socio-histórico del siglo que llaman ilustrado. Por ejemplo, el Motín de Esquilache sin duda fue el gran precursor del endurecimiento del nuevo régimen. Medina describe esta revuelta de 1766 como la amenaza que el absolutismo monárquico temía. El efecto de la nueva *opinión pública* y “la incesante circulación de textos de muy diversa índole [como] coplas, panfletos, sátiras [y] almanaques” son los desencadenantes principales de este levantamiento (151). Medina describe metafóricamente las consecuencias de este Motín:

Esa opinión presente en las calles plantea el peligro potencial de organizarse en espectáculo alternativo a la función del soberano, de arrebatarle el monopolio de la escena. . . . El público rompe las reglas de disciplina que le definen como tal, deja de ser tan sólo testigo del espectáculo del poder para irrumpir en la escena al tiempo que se convierte en desatada e imprevisible multitud que amenaza la disgregación no sólo del orden establecido, sino de la misma coherencia del espacio político de la nación. (150)

Esta interpretación informativa del autor está aderezada con diferentes ideales absolutistas defendidos por algunas figuras europeas como Bodin, Hobbes o Bossuet.

Medina introduce el importante fenómeno social del carnaval en el penúltimo capítulo y habla del papel del juego de máscaras, el cual “no se limitará ni a las fechas, ni a la puesta en escena del carnaval, sino que se convertirá en un nuevo modo de interacción social y, un paso más allá, en una dinámica de seducción entre clases” (186). Como explica muy bien Medina, la consecuencia de este nuevo ambiente social será la moda del *majismo*. Este capítulo quinto da paso al estudio de algunas de las obras de eminentes artistas como Juan Francisco de Goya y Luis Paret y Alcazar y la interpretación crítica de Medina de ocho de sus obras pertinentes como *Baile en máscara* (Paret y Alcázar), *La feria de Madrid* (Goya) y *El militar y la señora* (Goya).

No se puede dejar de mencionar al virtuoso escritor José de Cadalso y a su ejemplar novela epistolar, *Cartas marruecas* (1774). El estudio tan encauzado y enraizado de Medina sobre la España del setecientos no tendría el mismo valor si no se mencionara a dicho erudito gaditano. Medina hace fe de ello en el último capítulo del libro y subraya el papel fundamental que tenían estas noventa cartas ficticias en el siglo XVIII español. No es la intención de Medina aguardar hasta el final para idear un estudio innovador de Cadalso; su intención crítica es señalar su importancia literaria y agregar los nombres de algunos dieciochistas contemporáneos que han seguido la pista a tan prominente figura (Baquero Goyanes, Dale, Glendinning, La Rubia Prado, Sebold, Scarlett, Torrecilla, etc.).

La bibliografía exhaustiva y el útil índice onomástico de Medina son también una grata sorpresa. Son contadas las ocasiones en que podemos toparnos con este tipo de prolongación y agradezco la paciencia en llevar a cabo tan particular tarea. Medina expone notablemente un conjunto de variables que definieron el itinerario socio-cultural del siglo XVIII español. El alegórico título, *Espejo de sombras*, no puede ser más sugerente y acertado. La mirada vigilante del poder político y la larga sombra creada como reacción serán el principio y el fin de esta época histórica y constituirán las señas de identidad de este nuevo estudio para cualquier hispanista interesado en la complejidad cultural del setecientos español.